



## DE LAS HUMANIDADES EN CHILE

**Grínor Rojo\***

En este país, hace setenta años, un rodoniano tardío, no de los más deslumbrantes y prácticamente desconocido a nivel continental, don Eduardo Solar Correa, publicó un libro titulado *La muerte del humanismo en Chile*. Contando que la escritura de ese libro le salió “como un tiro que se dispara”, percutada por el “vacío que en la formación de la mente dejan los actuales estudios”<sup>1</sup>, se lamentaba en él el señor Solar Correa de las consecuencias de la supresión de los “conocimientos clásicos” en los programas de la enseñanza media chilena y particularmente de las consecuencias que habría tenido el mutis que del escenario escolar hizo la enseñanza de la lengua latina. Después de reconstruir la genealogía de esa pérdida, desde las páginas atrabiliarias de José Miguel Infante en *El Valdiviano Federal*, en 1834, hasta la eliminación de las tesis respectivas en el Bachillerato de Humanidades, en 1901 (aparentemente, por recomendación de Valentín Letelier), concluía su faena de rastreo con estas palabras:

Somos hijos de un continente que se da a sí mismo el nombre de *América Latina* y no sabemos nada de las fuentes etimológicas que en otros hemisferios riegan y renuevan nuestro idioma devolviéndole su primer verdor; huerto sellado es para nosotros el habla y la literatura en que se guarda, como en un ánfora de oro, la esencia de nuestra civilización: al matar los estudios clásicos matamos algo de nosotros mismos: entregamos por las lentejas de un cientismo estéril nuestro patrimonio cultural, herencia de los siglos [...] Diríase que nos preparamos lentamente, insensiblemente para ser, como nación, un pueblo subordinado. El que posee el pensamiento posee el imperio, y nosotros tenemos —oficialmente— nuestra inteligencia encapotada. Con un criterio propio de Sancho corremos tras lo práctico, sólo vemos lo inmediato, y ello porque en nosotros están tapiadas a piedra y lodo las ventanas del espíritu<sup>2</sup>.

\*Profesor Departamento de Literatura Universidad de Chile.

<sup>1</sup>Eduardo Solar Correa. *La muerte del humanismo en Chile*. Santiago de Chile. Nascimento, 1934, pp. 7-8.

<sup>2</sup>*Ibid.*, 94-95. El subrayado es suyo.

Centrada en la polémica sobre la utilidad/inutilidad de los conocimientos clásicos y el latín, vemos renacer en este párrafo de Eduardo Solar Correa de 1934 la argumentación de José Enrique Rodó en *Ariel*, su famoso ensayo de 1900, relativa al valor de las artes y las humanidades en y por sí mismas, sin más finalidad que la de contribuir al engrandecimiento del hombre en tanto hombre y con independencia de cualquier ventaja material que se pueda obtener a su costa: “por encima de los afectos que hayan de vincularnos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de vida”, había escrito Rodó, “debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa”<sup>3</sup>.

Ahora bien, los enemigos que Solar Correa tiene en Chile son los mismos que había identificado el maestro uruguayo tres décadas antes en su propio país: un “cientismo estéril”, un “espíritu de imitación innoble”, que según opina Solar Correa pone en riesgo nuestro “patrimonio cultural”, un practicismo “encapotante” en las mentes de quienes lo sufren, un “inmediatismo” que los ciega y una evidente cerrazón del “espíritu”. Frente a eso, el voto de Solar es a favor de la gratuidad. O, más bien, a favor de la paradoja, que como hemos visto nosotros en otra parte le pertenece a Rodó y que Solar hace suya igualmente, que consiste en afirmar que la utilidad de las artes y las humanidades debe entenderse ni más ni menos que en términos de la mantención y defensa de su inutilidad. Solar Correa no era Rodó, demás está decirlo, y no fue capaz de darle a ese argumento el tratamiento profundo que le había dado su predecesor, pero el rastreo que emprende de la controversia en torno a la supresión de los estudios clásicos y el latín en la educación republicana de Chile es minucioso, como era de esperarse en un intelectual de formación académica, y entre otras cosas demuestra que el debate decimonónico que al respecto se produjo entre nosotros fue desplazado y rústico, ya que estuvo teñido desde el principio por los rebotes del choque entre dos ignorancias simétricas: la de los políticos conservadores y la de los políticos liberales, los primeros encareciendo la enseñanza de dichos estudios por sus preferencias “tradicionalistas” y los segundos rechazándola por sus proclividades “modernas”. Precisamente por su subordinación al bajísimo nivel del trasfondo de aquella disputa, los planteamientos del autor de *La muerte del humanismo en Chile*, menos que un despliegue de ideas razonadas y razonables, acaban convirtiéndose una exhibición de ideología en el sentido más craso, esto es, en una pura y simple manifestación de desconsuelo.

<sup>3</sup>José Enrique Rodó. *Ariel* en *Obras completas*, ed. Emir Rodríguez Monegal. Madrid. Aguilar, 1957, p. 206.



Con todo, la antítesis utilidad/inutilidad constituye el eje que sostiene su alegato, y de manera óptima, es menester reconocerlo, puesto que estos estudios representan ejemplarmente la clase de conocimiento al que se puede descartar por prescindible desde el punto de vista de los fines de una modernidad que se ha encandilado con las seducciones y demandas de un instrumentalismo sin sonrojos. Este mismo raciocinio “utilitarista” (para introducir de una vez por todas el lenguaje de *Ariel*), que fue el que tempranamente dio al traste con la enseñanza de las lenguas clásicas en Chile y en general en toda América Latina, es el que se reactiva en nuestro tiempo *pero ahora expandiéndose hacia los otros sectores de las artes y las humanidades*.

En Chile, hoy, en los programas de la enseñanza secundaria, el horario obligatorio de filosofía se ha reducido de seis a cuatro horas semanales, las que se enseñan nada más que en el último curso y poniéndose énfasis no en el elemento reflexivo sino en el psicológico (en los colegios técnicos se ha eliminado la asignatura totalmente); el de arte, ha bajado de cuatro a dos (las que se ocupan o en artes visuales o en artes musicales); al ramo de literatura se lo denomina (en el lenguaje impuesto por la Reforma Educacional que se implementa a partir de 1996) “Lenguaje y comunicación”; y la Prueba de Aptitud Académica (que hasta hace poco era algo así como el equivalente modernizado del “Bachillerato de Humanidades” del que hablaba Eduardo Solar Correa en 1934) se redujo durante los años en que ella estuvo en existencia a medir habilidades matemáticas y verbales única y exclusivamente. Quienes concibieron esa Prueba no suponían que la capacidad de conocer y experimentar el arte y la literatura fuesen de la incumbencia del instrumento en cuestión o del *currículum* que lo antecede durante los años que dura la enseñanza de segundo nivel porque tampoco suponían que el arte y la literatura fuesen capacidades ni educables ni valiosas. Esto quiere decir que si el lenguaje (incluyendo el lenguaje de la literatura) les importaba a esos planificadores educacionales chilenos en algún sentido, ello era en su calidad de herramienta práctica eminentemente, como *medio* transmisor de conceptos, y el que además debe emplearse con arreglo a estas o aquellas reglas de corrección gramatical. La tercera de las dimensiones que le asignaban a la manifestación lingüística los inventores medievales del *trivium*, la que ellos ponían a cargo de la retórica, brilla en este planteo por su ausencia. Dicho de otra manera: en la Prueba chilena de Aptitud Académica, la última de la enseñanza secundaria que se les infligió a los escolares de nuestro país durante un par de decenios y a la que debieron someterse todos quienes durante ese período aspiraban a un cupo en las aulas de la educación superior, *la lengua no interesaba en su calidad de soporte de la creación artística*.

Agréguense a ello las cifras que muestran la gravitación que tuvieron los proyectos de investigación en humanidades y artes en los concursos convocados

por el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT) para 1996, 1997, 1998, 1999, 2000, 2001 y 2002 y que fueron fallados en 1997, 1998, 1999, 2000, 2001, 2002 y 2003. De los trescientos cincuenta y cuatro proyectos que lograron financiamiento de parte de dicho organismo en 1997, o sea en los resultados del concurso del año anterior, sólo treinta y cinco de ellos provenían del sector de las humanidades y tres del de las artes. Del total de los fondos disponibles en ese mismo año, el 4% se destinó a las disciplinas humanísticas. En 1998 a las humanidades les fue aún peor: desaparece del informe respectivo el espacio que se les reservaba hasta entonces, el que se deglosa en “ciencias” del lenguaje, historia y filosofía, y los proyectos que se aprueban en esos tres rubros son veintinueve (cero para las artes), en tanto que el porcentaje presupuestario es de un escuálido 3.3%. La declinación continúa en aumento en el 99, cuando se repite la cifra de veintinueve proyectos aprobados en las llamadas ciencias del lenguaje, más filosofía e historia (ninguno en las artes), pero esta vez con un porcentaje de 3.1% de la totalidad del presupuesto. En el 2000 los proyectos que se financian en humanidades suben modestamente, a treinta y uno (sobre un total de trescientos treinta y dos), aunque el porcentaje presupuestario se limita a un 3.6%. Por último, advirtamos que la tendencia de las estadísticas no sólo no cambia sino que se radicaliza con el tránsito de uno a otro milenio. El *pattern* se reproduce reforzado en 2001, cuando hay veintiún proyectos que se aprueban en humanidades por un porcentaje equivalente al 3.2% del monto disponible, en el 2002, cuando son veintiséis y el porcentaje 3.5%, y en el 2003, cuando las cifras respectivas son de veintinueve para los proyectos humanísticos, equivalentes ellos a un 3.2% del total del pozo<sup>4</sup>.

Un dato más y que extraigo esta vez del escrito que se titula *Guiar al mercado. Informe sobre la educación superior en Chile* (un título obscuro de suyo), preparado recientemente por José Joaquín Brunner en compañía de otros, y donde basándose en datos suministrados por el Ministerio de Educación los autores nos cuentan que “Durante el período 1983 a 2003, en el total del sistema [del sistema postsecundario nacional, se entiende], las áreas técnico-profesionales que mayormente contribuyen a la generación de la nueva matrícula —esto es, que reflejan una mayor demanda— son las de tecnologías, ciencias sociales y de administración y comercio, que entre sí dan cuenta de cerca de dos tercios de la expansión total del mercado”, mientras que “las de menor contribución al crecimiento del mercado son el área de humanidades, que incluso experimenta un retroceso durante este período, y las áreas de ciencias básicas y agropecuarias”. Dicho esto mismo con números: si en las últimas dos décadas la demanda de matrícula universitaria para las tecnologías

<sup>4</sup> Me atengo a los informes oficiales del organismo mencionado, en su publicación *Panorama Científico*, durante los años que se indican.



se expandió en Chile en un 28,2%, la demanda para las humanidades disminuyó en un -0.3%<sup>5</sup>

Financiado por el Fondo de Investigaciones de la Universidad Adolfo Ibáñez y la Caja de Compensación La Araucana y PERCADE. En la página WEB de la Universidad Adolfo Ibáñez.

En estas condiciones, ¿qué de extraño tiene que en Chile haya una cifra del 24% de los hogares provistos de computadoras y un 15% de Internet, “muy superior a la del resto de Latinoamérica”, pero que al mismo tiempo “más de la mitad de la población no entiende lo que lee y no es capaz de hacer inferencias sobre la base del material que procesa”?<sup>6</sup>.

Y suma y sigue. ¿Tengo que añadir ahora, a manera de guinda de la torta, que los sueldos que gana la gente que trabaja en el campo de las humanidades son los más bajos entre los que reciben los profesionales en Chile y que no existe hasta el momento un Premio Nacional de Humanidades sino uno de Humanidades y Ciencias Sociales y que los últimos que lo han recibido son un jurista y un economista (muy respetables *en lo suyo*, por cierto)?

Este es, pues, el estado actual de la cuestión entre nosotros. El raciocinio de José Enrique Rodó en 1900, que él expuso para combatir los criterios cientificistas y tecnocráticos con que principalmente el positivismo spenceriano y comteano estaba haciendo de las suyas en las políticas culturales y educacionales en el Uruguay y en América Latina, no sólo no ha perdido vigencia en nuestro tiempo sino que es probable que hoy la tenga más que nunca. Porque el positivismo de hoy no es sino un nieto corregido y perfeccionado del positivismo de ayer. La línea que va del Francisco Antonio Encina de *La educación económica y el liceo*, un libro de 1912, en el que el ilustre historiador opinaba que la educación integral no era más que una “quimera” y que lo que había que hacer era educar a las masas populares de nuestro país en y para el uso de sus manos, porque eso era lo único que ellas podían hacer con provecho, hasta los tecnócratas y burócratas actuales es una y la misma. Todo lo cual quiere decir que la gran novedad con que estos últimos han entrado en el ruedo no es ninguna novedad, sino el plumaje nuevo de una gallina antigua, ya que se reduce a un fortalecimiento desequilibrado y sin precedentes de la eficacia de las tecnologías en las conciencias de las personas que habrán de padecerlas, sobre todo

<sup>5</sup>José Joaquín Brunner, Gregory Elacqua, Anthony Tillet, Javiera Bonnefoy, Soledad González, Paula Pacheco y Felipe Salazar. *Guiar al mercado. Informe sobre la educación superior en Chile*.

<sup>6</sup>MaNuel Castells. *Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp 94 y 91 respectivamente.

de la telemática, la informática y la cibernética, como si estas fueran la receta infalible para dar el salto que nos lleve por fin al primer mundo (o a la “sociedad de la información...”), y a renglón seguido, a un fortalecimiento paralelo del influjo y la soberbia de quienes las controlan. Tan cierto es esto que hasta no hace mucho tiempo incluso la literatura y el arte se estaban enseñando en América Latina “científica” y “técnicamente”. El recordado profesor peruano Antonio Cornejo Polar, que fue uno de los primeros en medir los alcances perversos de la proclividad científicista y tecnocrática que parecía haberse apoderado de la enseñanza de la literatura en su propio país, aclaraba este asunto hacia 1974 observando que el sector más visible de la crítica literaria del Perú y de América Latina se mostraba a la sazón “embelesado con ciertos progresos de disciplinas limítrofes, en especial de la lingüística y la antropología, y dispuesto a sacrificar su contenido humanístico al servicio de un conocimiento cada vez más formalizado, sin duda, pero también cada vez más banal”<sup>7</sup>.

Recordemos nosotros ahora que eso mismo que Cornejo Polar denunció en el Perú en el 74 se mantuvo como un dogma de fe en la enseñanza chilena de la literatura hasta hace diez o quince años, lo que coincidió, nada casualmente a mi juicio, con el período en que los habitantes de esta tierra fuimos asolados por la peor dictadura que registra nuestra historia. Por otro lado, aun cuando sea verdad que las cosas cambiaron gradualmente desde hace más o menos una década, yo no estoy muy seguro de que ello haya sido como para felicitarse. Por ejemplo, se podría hipotetizar, creo que con cierta dosis de confianza, que la banalidad constituye no sólo un componente más sino el presupuesto y hasta pudiera ser que la precondition de las prácticas mediáticas de los últimos años y más cuando la encargada de protagonizar esas prácticas es la televisión comercial, puesto que ahí la regla de oro consiste en llegar al mayor número de espectadores posible recurriendo al veto y a la remoción sin contemplaciones de cualquier aspereza indeseable. Pero también, si ahora dirigimos la mirada hacia el espacio de la cultura “seria”, más que una desviación burda, mi impresión es que en las tentativas contemporáneas de superación del formalismo científicista con la ayuda de los estudios culturales (o, lo que es peor, de los estudios comunicacionales), habría que detectar la presencia del mismo afán docilizador, coincidente punto por punto con los designios estupidizantes de la cultura de masas, esto es, con el deseo de limarle las uñas a los poderes críticos y potencialmente desestabilizadores que la experiencia estética y las humanidades en general poseen de suyo, y justamente porque no se hallan *por definición* al servicio ni de las demandas de la razón pura ni de las de la razón práctica.

<sup>7</sup>Antonio Cornejo Polar. “Problemas y perspectivas de la crítica literaria latinoamericana” [ponencia en una mesa redonda en la Universidad de San Marcos, de 1974] en *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas. Universidad Central de Venezuela, 1982, p. 10.

En definitiva, el menoscabo que sufre hoy la enseñanza del arte y las humanidades en el *currículum* de la enseñanza secundaria y universitaria chilena, el lugar subalterno que ellas ocupan en nuestros programas contemporáneos de producción de conocimiento, su reducción científicista o, lo que aún más ostensible, su banalización comunicacional y espectacular, no son acontecimientos azarosos. Responden a un proyecto que nos dice a los ciudadanos de este país que no debemos molestarnos *preguntando*, *opinando* y menos aún *interviniendo*, asumiendo responsabilidades que nos exceden cuando existen “expertos” que pueden ocuparse de ellas mejor que nosotros y eso mientras nosotros dedicamos nuestro tiempo a disfrutar de los placeres de la “vida en familia” y a ocuparnos de unos temas que no sólo están más a nuestro alcance sino que son definitivamente más “cómodos” y “entretenidos” que las cochinas disputas que tienen lugar en el espacio público.

Y esto es algo que a quienes hoy administran los negocios del Estado chileno promueven con el máximo entusiasmo, porque les conviene, por los beneficios tanto electorales como de “governabilidad” que les reporta. La cultura de las humanidades queda así relegada o a una o a ambas de estas dos futesas: o al formalismo y culturalismo académicos o a la tele y las kerméses del parque y, en este último caso, al banderín y la serpentina, a la chaya y al circo. De ahí que cuando el gobierno de Chile convoca a unas reuniones de la cultura en la que la mayoría de los convocados proviene del mundo del espectáculo, a mí me parece que ésa es una señal a la que habría que prestarle atención. Porque se trata de estrategias afines a la vez que de recambios previsibles en la trayectoria de un capitalismo que, dadas las dificultades cada día más grandes con que se tiene que enfrentar, necesita entontecer a la gente, neutralizar interferencias críticas, con el fin de tener las manos libres (y los oídos sordos) para recomponerse y robustecerse cuanto más mejor.

Rodó no pudo ser testigo de estas últimas metamorfosis de la bestia, como es obvio, pero no cabe duda de que las profetizó y, aunque su estilo hoy nos resulte anacrónico y algunas de sus proposiciones no demasiado afortunadas, creemos legítimo afirmar que lo esencial de su argumento sigue en pie, que su crítica humanista y estética de la modernidad capitalista es escuchable, y que por lo mismo debiera ser retomada, profundizada y dada a conocer a los jóvenes con el mismo fervor (y con la misma justa injuria) con que él intentó hacerlo en las páginas de *Ariel*.